

Zárraga

Blasco Ibáñez dejaría todo, su bienestar de millonario, para luchar junto al leader  
Lerroux

(*El Mundo* [Puerto Rico], 12-11-1923)

Hotel Waldorf Astoria, octubre 31.— Indiscutiblemente, el literato más popular en el mundo lo es hoy un español: Vicente Blasco Ibáñez. Ser popular en Europa, donde todos los grandes hombres se conocen, no era difícil para un Blasco Ibáñez. Pero serlo en América, y principalmente en estos inmensos Estados Unidos, donde las celebridades europeas suelen caer como gotas de agua en un océano, ya era más difícil.

Blasco Ibáñez es una sorprendente excepción. Sus principales obras, tanto en el libro como en el teatro y como en el cinematógrafo, llegaron rápidamente al gran público, y si sus volúmenes se venden aquí por centenares de miles, sus películas son admiradas por muchos millones de espectadores.

Por ser esto así la llegada del gentil novelista a Nueva York ha despertado un interés indescriptible, siendo innumerables los banquetes y recepciones a que ha de asistir. Desde las siete de la mañana, hora a que invariablemente se levanta, hasta las doce de la noche, en que acostumbra a recogerse en sus habitaciones, no le dejan ni una hora libre. Los que nos honramos siendo sus viejos amigos apenas si podemos charlar con él a solas.

Blasco está rejuvenecido y alegre como nunca. Todas sus ilusiones, hasta sus más fantásticos sueños, se le han realizado, y ya no hay para él capricho alguno que no satisfaga. Vive como un multimillonario, y materialmente, no podrá gastar, por mucho que derroche, todo lo que gana. Durante estos tres años últimos ha cobrado, solamente por sus derechos en las producciones cinematográficas, más de seiscientos mil dólares. Agréguese a esto lo que le dan sus novelas y sus colaboraciones periodísticas... Con la pluma no hay en el mundo quien gane hoy lo que él. El más breve artículo se le paga a dos mil dólares; por una novela corta para una revista se le han pagado treinta mil. Y hoy mismo, estando nosotros con él, vino Mae Murray a entregarle un cheque de veinticinco mil por un argumento que quiere ella que le escriba para una película, en cuyo asunto, ni siquiera en cuyo título no piensa todavía el maestro... Es sencillamente asombroso el triunfo de Blasco. Aprovechando unos instantes de íntima expansión le hemos preguntado por su opinión acerca de la actual situación política en España, y nos ha contestado francamente:

—No sé. El golpe de Estado con que nos sorprendió Primo de Rivera fue oportuno, y parece que bastante eficaz, pero tiene el peligro de que el Ejército se aficione a las sublevaciones, y las repita con cualquier motivo. Escribí a Lerroux,

en cuanto supe lo que ocurría, y, como sigo siendo el mismo de siempre, me apresuré a ponerme a su disposición. Ahora me dicen que Lerroux gobernará muy pronto, y yo estoy dispuesto a irme allá con él, en cuanto me llame y aunque tenga que abandonarlo todo. Soy un romántico. No lo puedo evitar. Pero lo hago por España. Conste que si dejé de luchar allá por mis ideales fue por la falta de ambiente, de preparación, de oportunidad. No obstante, siempre advertí que yo no renegaba de mi fe política. No hace mucho, en un banquete que me daba el Duque de Alba, y al que asistían varios palaciegos y algunos gobernantes, tuve que agradecer el agasajo que como escritor me brindaban, pero diciéndoles: «No se fíen mucho de mí, porque el mejor día les hago una trastada...»

Celebraron mi franqueza, no creyendo, probablemente, que están los tiempos para revoluciones, y poco tardó un general en adelantarse a dar el primer golpe. Por algo se empieza. Ahora ese mismo general ya piensa en que gobierne Alejandro Lerroux...

No nos dijo más el amigo Blasco. Se limitó a repetirnos que todo su bien estar de hoy, toda su riqueza, todas sus obras en proyecto, lo abandonaría sin vacilar ni un instante si Lerroux le llamase. Por algo y para algo es un romántico,